

ALEJANDRO SAWA: FRUSTRACIÓN LITERARIA Y ANTICLERICALISMO

Francisco GUTIÉRREZ CARBAJO
Universidad Nacional de Educación a Distancia

No parece a primera vista paradójico que el anticlerical Alejandro Sawa cursara estudios en el seminario conciliar de Málaga y que su primera obra fuese *El Pontificado y Pío IX (1878)*¹, dedicada al obispo de esa ciudad. El feroz arremetedor contra los internados religiosos en *Criadero de curas*, el naturalista radical, azote de clérigos corruptos, como el don Felipe de *La Mujer de todo el mundo*, el don Gregorio de *Noche* o el padre «Contento» de *La sima de Igúzquiza*, defiende ahora en el citado folleto la religión como fuerza motriz que impulsa los corazones y la inteligencia hacia todo lo que supone progreso, cultura y perfección. En *Iluminaciones en la sombra* dejaría estampadas algunas de sus experiencias y recuerdos en la citada ciudad andaluza². En 1877 y 1878 estuvo matriculado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada, y la década de los ochenta conoce su primera estancia en Madrid, donde ve la luz en 1885 *La mujer de todo el mundo*, y unos años más tarde el resto de su obra.

En un artículo publicado en *Alma Española* (II, núm 9, de 3 de enero de 1904) recuerda sus tempranas incursiones en el ambiente cultural: «He nacido en Sevilla, va ya para cuarenta años, y me he criado en Málaga. Mis primeros tiempos de vida madrileña fueron estupendos de vulgaridad —¿por qué no he de decirlo?— y de grandeza. Un día de invierno en que Pi y Margall me ungió con su diestra reverenda, concediéndome jerarquía intelectual, me quedé a dormir en el hueco de una escalera por no encontrar sitio menos agresivo en que cobijarme»³.

La ciudad denominada Z en *La mujer de todo el mundo* bien podría ser el Madrid de esa década de los ochenta, ya que representa «la capital de un territorio de cerca de veinte millones de habitantes, tostado por el sol y por la cólera de los dioses»⁴. La referencia a Madrid es ya explícita en *Crimen legal* [1886], aunque ahora al tibio pero aún exuberante otoño de la novela anterior han sucedido los rigores del invierno: «Había vuelto el invierno con sus escarchas y sus nieblas: Madrid volvía a recobrar su grotesco aspecto de poblachón de Castilla con aspiraciones

1 Málaga, Imprenta del Centro Consultivo, 1878.

2 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed., Iris M. Zavala, Madrid, Alhambra, 1977, pág. 205.

3 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit. pág. 176.

4 SAWA, A., *La mujer de todo el mundo*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Ricardo Fe, 1885. Cito por la ed. de 1988, Madrid, Moreno-Ávila Editores, pág. 7.

de gran ciudad. Los teatros estaban todos funcionando, y los cafés centrales se mostraban orgullosos (...) Rodaban por las calles miles de coches de todas las formas, y ensordecían el espacio los vendedores de periódicos y de baratijas voceando sus mercancías»⁵.

Los aspectos sombríos se ennegrecen y la sensualidad deviene en vicio y corrupción en *Noche*: «Madrid es una población grande y viciosa. Madrid simpatiza con todos los aventureros, a la sola condición de que sean valientes y no se dejen dominar por escrúpulos de vergüenza. Madrid es la capital de España y la gran población predilecta de la canalla»⁶.

Esta Babilonia de espectáculos y diversiones era también el centro administrativo y cultural al que resultaba imprescindible acudir si se quería triunfar en política o en literatura. Con esa pretensión arriba Sawa, y con el mismo objetivo decide acudir Carlos Alvarado, el protagonista de *Declaración de un vencido* (1887): «Ir a Madrid, vivir en Madrid; no ser un oscuro provinciano embrutecido en la tarea de poner en circulación los chismes de la localidad; pertenecer a la redacción de un periódico de esos cuyas afirmaciones y doctrinas constituyen capítulo de fe para los que las lean a veinte kilómetros de distancia, formar parte también de los Ateneos y Academias que ilustran en todas las cuestiones la opinión de España [...] ir al Congreso de los Diputados todas las tardes, al Ateneo Científico y Literario todas las noches, a la Biblioteca Nacional todas las mañanas; saber por el testimonio de mis propios ojos cómo es la librería de Fe [...] ¡Todo eso y mucho más, mucho más —...¡la fantasía trotando por los espacios del delirio como un caballo furioso!,— iba por fin a verlo realizado!»⁷.

El autor de *Declaración de un vencido*, novela pródiga en elementos autobiográficos, lograría no sólo conocer el Establecimiento Tipográfico de don Ricardo Fe, sino publicar con ese sello la primera de sus novelas. Alejandro Sawa llegaría también a frecuentar en esa década de los ochenta las redacciones de los periódicos, las tertulias de los cafés y las sesiones del Círculo Nacional de la Juventud, de cuyo centro es considerado por algunos críticos la figura más interesante⁸.

Luis París —portavoz crítico del grupo *Gente Nueva*, integrado por Pompeu Gener, Luis Bonafoux, Nakens, Mariano de Cavia, Zahonero, Paso, Dicenta, Amorós (Silverio Lanza), López Bago y el propio Sawa— lo presenta como «un tipo verdaderamente original», habitual de los círculos literarios y de las redacciones de los periódicos más⁹.

La bohemia que Alejandro Sawa conoce y vive en estos años madrileños se enriquece y universaliza con su viaje a París hacia el año 1889 o 1890. A comienzos de la década de los noventa es testigo en la capital francesa de los movimientos nacionalistas antiparlamentarios, de la política seguida por el presidente de la República, Sadi Carnot, y de las preocupaciones de la población¹⁰.

El autor nos habla con dulce nostalgia de los días pasados en París y de algunos de los tesoros que de allí se trajo: «Luego mi vida transcurrió fuera de España —en París generalmente—, y a esa porción de tiempo corresponden los bellos días en que vivir me fue dulce. Poseo un soneto inédito de Verlaine, y creo, con Cándido, que todas las utopías generosas de hoy podrán ser las verdades incontrovertibles de mañana»¹¹.

5 SAWA, A., *Crimen legal*, Madrid, Biblioteca del Renacimiento Literario [1886], pág. 43.

6 SAWA, A., *Noche*, Madrid, Biblioteca del Renacimiento Literario [1888], pág. 231.

7 SAWA, A., *Declaración de un vencido*, Novela social, Madrid, Administración de la Academia, Minuesa de los Ríos Editor, 1887, págs. 77-79.

8 BONAFOUX, L., *De mi vida y milagros, Los Contemporáneos*, I, núm. 26, de 25 de junio de 1909. [Apud Allen Phillips, *Alejandro Sawa. Mito y realidad*, pág. 51].

9 PARÍS, L., *Gente Nueva. Crítica inductiva*, Madrid, Imprenta Popular [s.a. ¿1888?], págs. 103-104.

10 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 108.

11 *Ibidem*, pág. 177.

París acoge a Alejandro Sawa como acoge a los protagonistas de *La mujer de todo el mundo*, porque, según nuestro autor, París es la patria prestada a toda clase de extranjeros, a los desheredados y perseguidos, a los calumniados y proscritos, pero también a los voluptuosos y sibaritas, a «todos los que llevan en el cerebro o en el pecho un sentimiento o una idea necesitadas de auditorio o de consuelo»¹².

París operó una transformación o, como escribe Luis. S. Granjel, «una auténtica conversión»¹³ en Alejandro Sawa. En París trabó amistad con los más importantes escritores que lo introdujeron en los círculos literarios de la época, y, como consecuencia, su propia trayectoria literaria acusó un cambio de rumbo. El experimento documentalista del naturalismo radical deja paso ahora a la estética simbolista, de la que su amigo Verlaine era uno de los más eximios representantes. Son los «días rientes de la maga Primavera», como escribe en *Iluminaciones en la sombra*, en los que todos ofrendan al romántico bohemio Alfred de Musset flores y preces¹⁴.

En París se casa Sawa con Jeanne Poirier y allí nace su hija Elena el 16 de noviembre de 1892. En este año, como ha documentado Pura Fernández¹⁵, reside unas tres semanas en Madrid, pero regresa de nuevo a la ciudad del Sena, donde conoce a Rubén Darío en el año 1893, gracias a Gómez Carrillo. Rubén señala la importancia que tuvo para Sawa Verlaine,¹⁶ y Cansinos-Assens relata la amistad confesada por el propio Sawa con los escritores parnasianos, simbolistas y decadentes de la Francia finisecular y la anécdota mil veces referida del beso de Víctor Hugo en la frente¹⁷. Cuando el autor de *Prosas profanas* encuentra a Alejandro Sawa unos años más tarde en la capital de España, éste sigue añorando los aires parisinos: «Siempre acariciaba el deseo de volver a la ciudad de sus sueños. Un día me mostró un diario, muy animado, muy alegre: «¡Por fin voy a retornar a París! Ve quién es ministro, un íntimo amigo mío». Era verdad lo que decía. Pierre Baudin había sido nombrado ministro de ya no recuerdo cuál Gabinete de Loubet, y Pierre Baudin había sido, en efecto, amigo íntimo de Sawa en días de juventud. Pero ¿se acordaría Baudin? ¿Le escribiría Sawa siquiera felicitándole? Ambos son puntos de dudar»¹⁸.

En un artículo publicado en *Alma Española* reitera su fervor por París y se indigna con los que consideran a la capital del país vecino el centro de la depravación¹⁹. Si en Madrid era cliente habitual de los cafés de la Puerta del Sol, en París uno de sus lugares preferidos es el barrio Latino. En sus cenáculos literarios se dieron a conocer escritores como Charles Morice, a quien «Paul Verlaine, con su diestra mano creadora, lo consagró poeta y le dedicó un soneto que era como una credencial de gloria...»²⁰.

En el aniversario de la muerte de Verlaine Sawa piensa en aquella parte de su vida que se tragó la eternidad y que ya no volverá a resurgir si no en sus recuerdos. Verlaine era acompañado en ocasiones por una legión de poetas, «no menos resplandeciente que la pléyade de Ronsard», entre los que destacaba Charles Morice. Sawa participa activamente en las espléndi-

12 SAWA, A., *La mujer de todo el mundo*, ed. cit., pág. 41.

13 GRANJEL, L.S., «Maestros y amigos del 98: Alejandro Sawa», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 195 (1966), pág. 436.

14 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 93.

15 FERNÁNDEZ, P., «El epistolario inédito de Alejandro Sawa a su esposa Jeanne Poirier (1892-1898) (I), *Revista de Literatura*, LX, 119 (1998), pág. 245.

16 DARÍO, R., Prólogo a *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 72.

17 CANSINOS-ASSENS, R., *La novela de un literato*, 1, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pág. 69.

18 DARÍO, R., Prólogo a *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 73.

19 SAWA, A., «Mi moral», *Alma Española*, núm. 13, 31 de enero de 1904, pág. 14.

20 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 170.

das veladas literarias organizadas por este grupo de artistas, con el arte como tema absoluto y el verso como único lenguaje²¹.

La figura de Verlaine, dentro del simbolismo, significó para Sawa lo mismo que la de Alfred de Musset en el ámbito de los románticos bohemios. Musset, con sus *Confessions d'un enfant du siècle* (1836) se había adelantado a su tiempo y había descrito una situación, el «mal du siècle», que viven los autores románticos pero que del mismo modo experimentan muchos de los decadentes y bohemios de la época de Sawa. Como Verlaine, Musset también tenía dos caras: la plácida e iluminada por el sol de Atenas y la de los días de niebla y de oscuridades, las iluminaciones y las sombras que, en definitiva, constituyen la clave de la estética de nuestro autor.

Las luces van cediendo poco a poco el espacio a las tinieblas cuando Sawa se instala de nuevo en Madrid a finales del año 1896. Es probable, como señala Phillips, que asistiera en diciembre de 1896 en Madrid a la representación de *El señor feudal*, de Joaquín Dicenta. En 1899 con motivo del estreno de la adaptación teatral realizada por Sawa de la novela de Daudet, *Los reyes en el destierro*, Joaquín Dicenta escribe en *El Liberal*: «No es contestación al brindis, al hermoso brindis que a raíz del *Señor Feudal* me dedicaste, esta cuartilla y media (...) Entre familia no hay cumplimientos (...) Tú, ausente de la patria durante muchos años, vuelves a ella en momentos de angustia; y ahora, que unos con los ojos puestos en la prebenda segura, y otros con el alma puesta en el porvenir posible, hablan de regeneraciones, tú vienes a ayudarnos en la obra./ Bienvenido seas, escritor aplaudido siempre, autor dramático descubierto anoche. Bienvenido seas con tus *Reyes en el destierro*... Llegas a tiempo. Tú y tu obra hacéis falta, ¡mucho falta!»²².

De Joaquín Dicenta escribiría Alejandro Sawa en *Iluminaciones en la sombra* que le resultaba tan cómodo andar en mangas de camisa por los caminos del arte como le era familiar el frac a Enrique Gómez Carrillo²³.

Joaquín Dicenta y Alejandro Sawa colaboran en *Don Quijote*, uno de los semanarios políticos más anticlericales del siglo XIX, en el que nuestro autor publicará, como luego veremos, un artículo titulado «Banderín de enganche», que presenta bastantes analogías con su novela corta *Criadero de curas*. Joaquín Dicenta dirigiría en su primera época la revista *Germinal*, en la que colaborarían, entre otros, Ernesto Bark, Valle Inclán, R. Fuente, y en la que encontraría acogida Alejandro Sawa. Lo que supuso esta revista no sólo para la historia del periodismo sino también para la literatura de la época ha sido estudiado magistralmente por Rafael Pérez de la Dehesa²⁴.

La actividad periodística de Alejandro Sawa, de la que son un buen ejemplo muchos de los artículos que integrarían *Iluminaciones en la sombra*, se desarrolla en estos años en *El Progreso* y más tarde en otros periódicos como *El Imparcial*, *El Liberal*, *El País*, *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España*, *ABC*, *España*, *El Gráfico* y en revistas como *Alma Española*, *Helios*, *Renacimiento*, *Nuevo Mercurio*, *Don Quijote*, *Madrid Cómico*, *Nuevo Mundo*, *Vida Galante*, etc.

En estas publicaciones coinciden con los escritores de la generación de Sawa los que más tarde serían incluidos en el grupo generacional de 1898. Así, en *El Progreso*, fundado por Alejandro Lerroux y el doctor Esquerdo, y que llevaba el subtítulo de «Diario Republicano Socialista Revolucionario», colaborarían, junto a Luis Bonafoux y Alejandro Sawa, Miguel de Unamuno y José Martínez Ruiz.

21 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., págs. 113-114.

22 DICENTA, J., «Para Sawa», *El Liberal*, 22 de enero de 1899 (Apud, Allen Phillips, op. cit., págs. 62-63).

23 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 218.

24 PÉREZ DE LA DEHESA, R., *El grupo Germinal: una clave del 98*, Madrid, Taurus, 1970.

La muerte de Verlaine, a la que se ha hecho referencia más arriba, queda reflejada en un artículo de Sawa aparecido primero en *Helios* (XI, 1903) y más tarde en *Los Lunes El Imparcial* (13 de enero de 1908), que luego pasaría, con otros textos, a integrar *Iluminaciones en la sombra*.

En *Alma Española* alcanzó gran notoriedad la sección «Juventud triunfante», dedicada a autobiografías o autorretratos. Uno de estos autorretratos más conocidos es el de Valle-Inclán, que revela una clara filiación cervantina: «Este que veis aquí de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba soy yo, D. Ramón María de Valle Inclán». Alejandro Sawa también estampó en esta publicación su autorretrato: «... Yo soy por dentro un hombre radicalmente distinto a como quisiera ser, y, por fuera, en mi vida de relación, en mis manifestaciones externas, la caricatura, no siempre gallarda, de mí mismo./ Soy un hombre enamorado del vivir, y que ordinariamente está triste. Suenan campanas en mi interior llamando a la práctica de todos los cultos, y me muestro generalmente escéptico...»²⁵.

En *Alma española* traza Sawa un elogioso retrato de Canalejas, al que antes había tildado de felino, y lo compara ahora con el heroico comunero de Castilla, Juan Bravo, y con la estirpe gloriosa del Cid. Lamenta Sawa que la Academia haya rechazado su candidatura y haya preferido a Hinojosa al que califica de epiceno, neutro, ambicioso y gris²⁶.

En *Alma Española* deja escritas también sus preocupaciones por el desastre colonial, cuestión que ya había preocupado, incluso antes de sus nefastas consecuencias a otros de sus correligionarios y amigos, como Eduardo López Bago. Nuestro autor lamenta la indiferencia de la gente que sigue con pasividad la marcha de la historia²⁷.

El carácter anticlerical de la mayoría de los escritos de Alejandro Sawa es una de las características fundamentales de la publicación *Don Quijote*, que se editó desde 1892 a 1903 y fue dirigida por su hermano Miguel Sawa. En ella ven la luz algunos artículos de Alejandro Sawa, y en el número 39 de *Don Quijote* (3 de octubre de 1902) escribe una necrológica sobre Zola, en la que se pregunta qué figura vertical nos queda sobre la tierra, una vez desaparecido el maestro.

Sawa es colaborador habitual de *Helios*, una de las mejores revistas del movimiento modernista, que surgió a instancias de Juan Ramón Jiménez, y con el apoyo de González Blanco, Navarro Lamarca, Martínez Sierra y Pérez de Ayala. *Helios*, a pesar de su confesado modernismo, acoge textos de escritores realistas como Pardo Bazán o Juan Valera. En *Helios* aparecieron los artículos que abrirían *Iluminaciones en la sombra* y que constituyen una parte esencial del programa estético y vital de Sawa. Aún no ha entrado nuestro autor de forma definitiva en la desgracia.

Como Valle Inclán, que ante la amenaza de la desesperación mezquina o de las larvas del desaliento, sabe imponerse «normas jubilosas y firmes»²⁸, Sawa intenta, ante su desamparo, el auxilio de la voluntad nietzscheana. Esta fuerza de la voluntad la ejerció en el cultivo de la literatura y del periodismo, actividades que en nuestro autor resultan inseparables de su vida. Como le sucede a Frank Kafka, todo lo que no es literatura le aburre y le cansa. Sawa, por su parte, señaló el valor literario del periodismo, pero también los peligros que un ejercicio incorrecto del mismo puede comportar: «Como espada de dos filos puede herir también al que la maneja. Apta para el bien, no lo es menos para el mal. Aconseja, y asesora y dirige, pero

25 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 175.

26 SAWA, A., *Alma Española*, núm. 7, de 20 de diciembre de 1903, pág. 7.

27 SAWA, A., «Crónica», *Alma Española*, n° 15, de 14 de febrero de 1904, pág. 4. En *Iluminaciones en la sombra*, ed. cit., pág. 245.

28 VALLE-INCLÁN, R. Del, *La lámpara maravillosa*, Madrid, Espasa-Calpe «Austral», 1960, pág. 20.

también corrompe. Es como un viejo profesor glorioso, atacado a veces por crepúsculos de vesania. Yerra y sus equivocaciones pueden convertirse en las letras iniciales de un desastre histórico»²⁹. Para Sawa, el periodismo es el termómetro que marca la cultura de un pueblo. En aquellos países en los que la prensa es clamorosa, ardiente y suelta puede hablarse de redención, en los que no sucede así, «el cielo está cuajado de tinieblas»³⁰.

Cuando escribe estas palabras, las tinieblas físicas y espirituales rodean a Sawa, y las frustraciones literarias y personales acaban vencién-dole. A partir de 1906, y a causa de su ceguera, ha de dictar a su mujer las crónicas que remite a los periódicos.

En *Luces de bohemia* Max Estrella se refiere a este hecho: «¡Para mí, siempre es de noche! Hace un año que estoy ciego. Dicto y mi mujer escribe, pero no es posible». El Ministro, en quien se ha reconocido al político Julio Burrel —amigo de Sawa y del que escribió palabras elogiosas— le pregunta a Max Estrella si su mujer es francesa y éste responde: «Una santa del Cielo, que escribe español con una ortografía del Infierno. Tengo que dictarle letra por letra. Las ideas se me desvanecen. ¡Un tormento! Si hubiera pan en mi casa, maldito si me apenaba la ceguera. El ciego se entera mejor de las cosas del mundo, los ojos son unos ilusionados embusteros»³¹.

Por la correspondencia que mantiene con Rubén Darío, sabemos que en 1908 Alejandro Sawa tenía ya terminado y ordenado el libro *Iluminaciones en la sombra*. Realiza entonces gestiones para publicarlo con las principales casas editoriales de Madrid y Barcelona pero no recibe respuesta y se decide a sacarlo por su cuenta con la ayuda de Rubén Darío y de otros amigos. La publicación veía la luz, cuando ya había llegado para él la sombra definitiva. Sawa muere en la pobreza más absoluta en marzo de 1909 y la obra será editada en 1910 por la Biblioteca Renacimiento de Madrid. El desposorio con el sepulcro, por utilizar una expresión del propio Sawa, lo conoció antes de cumplir los cincuenta años, y su final fue, como le confiesa Valle-Inclán en una carta a Rubén Darío, el «de un rey de tragedia: loco, ciego y furioso»³².

Pero antes de su muerte, como hace notar Rubén Darío, Alejandro Sawa tenía ya fabricada su leyenda. Rubén describe las múltiples facetas de Sawa: la de hombre jovial, compañero y risueño, la de ceremonioso y escénico, la de galante con sus iguales y cruel con los que se creen superiores y con los mediocres, la de dandy agriado por los vinagres de la pobreza, la de ciranescos, quijotesco y d'aurevillesco, todo en una pieza, la del hombre, en fin, que prefirió la miseria a macular la pureza estética.

Cuando los periódicos de Madrid ya sólo le abrían las puertas muy de tarde en tarde o se las cerraron definitivamente, envió artículos para las publicaciones de América. «Dejó pasar el buen tiempo», insiste Rubén, y en los últimos años de su vida se encontró frustrado, abandonado de todo y de todos, enfermo y ciego, tan solamente con dos almas dolorosas a su lado.³³ Todas estas características hacían de Sawa un personaje literario, y así lo entendieron los escritores de su época. Sawa es el personaje protagonista de *Alborada*, de Ernesto Bark, como confiesa él mismo en *Iluminaciones en la sombra*³⁴. Con Sawa se ha identificado también a varios personajes de la novelística de Pío Baroja, como Juan Pérez del Corral, el bohemio empedernido que aparece en *Aventuras, Inventos y mixtificaciones de Silvestre Parados*, o

29 SAWA, A., «El cuarto poder», *Nuevo Mundo*, n° 711, de 22 de agosto de 1907.

30 *Ibidem*.

31 VALLE-INCLÁN, R. DEL., *Luces de bohemia* (1920), Madrid, Espasa-Calpe, 1976, 7ª ed., pág. 77.

32 ÁLVAREZ, D., *Cartas de Rubén Darío*, Madrid, Taurus, 1963, pág. 71.

33 DARÍO, R., *o. cit.*, págs. 73-74.

34 SAWA, A., *Iluminaciones en la sombra*, *ed. cit.*, pág. 213.

Betta, otro de los tipos de esa misma novela³⁵. Para Iris María Zavala³⁶ es una personificación de Sawa el personaje Fermín García Pipot de *Los últimos románticos* (1906), que aparece caracterizado en la novela como «un hombre flaco, desgarrado, con una capa española doblada y echada sobre el hombro, seguido de un perro de color de chocolate»³⁷. Más señas de la personalidad de Sawa se han encontrado en el Villasús de *El árbol de la ciencia* (1911) y en el Max Estrella de *Luces de bohemia* (1920), de Ramón del Valle-Inclán. Alonso Zamora Vicente, Ricardo Senabre, Ildefonso-Manuel Gil, Iris M. Zavala, y Allen Phillips, entre otros, se han referido ya por extenso al tratamiento que del personaje llevan a cabo Baroja y Valle. En todos los casos se resalta la frustración personal y literaria de Alejandro Sawa.

Torrente Ballester cree encontrar detrás del personaje de don Latino valleinclanescos a Diego de San José³⁸, periodista y escritor madrileño, autor de obras como *La bella marmaridada* (1913), *Doña Constanza* (1914), *El Libro de Horas* (1915), *Cuando el motín de las capas* (1919), *La corte del rey embrujado* (1923) y *Una pica en Flandes. Memorias de un pícaro que no llegó a ser pícaro* (1924). Alonso Zamora Vicente ve en don Latino la figura o la contrafigura del propio Sawa: «Es un desdoblamiento de la personalidad. Lo que Sawa habría hecho en el envés de su cara noble y avasalladora. El otro Sawa (...) El que es de Hispalis...»³⁹. La bibliografía sobre este asunto es ya considerable, y Zamora Vicente y Allen Phillips han realizado una revisión pormenorizada de la misma.

Su anticlericalismo, aparte de en los artículos, está presente en todas sus novelas. En *La mujer de todo el mundo* (1885) el comportamiento del cura don Felipe le sirve a Sawa para evidenciar las prácticas corruptas de ciertos clérigos y en las primeras páginas de *Crimen legal* [1886] comenta el narrador: «¡Oh! El catolicismo, ¡qué cuentas más estrechas le debe a la moral y a la conciencia humana! ¡Qué enorme responsabilidad ante la historia!»⁴⁰. En *Noche* [1888] el elemento anticlerical está representado por don Gregorio, que inicia en el confesionario la carrera de perdición de Lola. Ya en el *Manifiesto revolucionario* redactado por Sixto Cámara en 1857 se habla de los clérigos que invocan el nombre de Dios, al tiempo que de una forma hipócrita «abrañan en sus lúbricos ardores la flor temprana de la doncella»⁴¹.

El anticlericalismo que ha merecido estudios de Caro Baroja⁴², Molina Martínez⁴³, Revuelta⁴⁴ y otros investigadores, no solamente estaba presente en las obras de los naturalistas radicales, sino también en algunas novelas de otros escritores realistas, en publicaciones como *El Motín*, *Las Dominicales*, *Don Quijote*, *El Resumen* y en varios periódicos republicanos, en algunos de los cuales colabora Sawa. «Resultaba, así, —como escribe Caro Baroja— que desde el profesorado hasta la masa obrera o rural de algunas partes había difundido un sentimiento

35 BAROJA, P., *Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 4ª ed., pág. 116.

36 ZAVALA, I. M., Estudio preliminar de su edición de *Iluminaciones en la sombra*, pág. 36.

37 BAROJA, PÁG., *Los últimos románticos*, Madrid, Editorial Caro Raggio, 1973, pág. 74.

38 TORRENTE BALLESTER, G., «Historia y actualidad en dos piezas de Valle-Inclán», *Ínsula*, 176-177 (1961), pág. 6.

39 ZAMORA VICENTE, A., *La realidad esperpéntica (Aproximación a «Luces de bohemia»)*, Madrid, Gredos, 1988, 2ª ed. ampliada, pág. 49.

40 SAWA, A., *Crimen legal*, pág. 67.

41 Publicado por Clara E. Lida en *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1885). Textos y documentos*, Madrid, Siglo XXI, 1973, págs. 119-121.

42 CARO BAROJA, J. *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*, Madrid, Istmo, 1980.

43 MOLINA MARTÍNEZ, J.L., *Anticlericalismo y Literatura en el siglo XIX*, Murcia, Universidad de Murcia, 1998.

44 REVUELTA GONZÁLEZ, M., *El anticlericalismo español en sus documentos*, Barcelona, Ariel, 1999.

anticlerical muy hondo, que tuvo expresiones muy características...»⁴⁵. En buena medida fueron responsables de esta corriente anticlerical los comportamientos nada ejemplares de determinados clérigos. Entre ellos ocupan un lugar destacado los militantes carlistas. Si ya Larra en *Nadie pase sin hablar al portero* (18 de octubre de 1833) nos muestra los comportamientos soeces de unos facciosos, mandados por curas, en Vitoria, Alejandro Sawa, califica de bárbaro, cruel y miserable al clérigo carlista de su novela *La sima de Igúzquiza* (1888). Sawa, que proclama la absoluta veracidad de su relato rigurosamente histórico, nos presenta junto al cabecilla de la partida carlista, Félix Domingo Rosa Samaniego y al teniente apodado «Jergón», al padre «Contento», un ser «dañino que mata y roba y estupra y viola(...) sin otra lógica que la del cuerpo que cae porque pierde su centro de gravedad» (pág. 17).

Caro Baroja, entre otros, ha estudiado esta relación entre el clero y el carlismo, y ha exhumado documentos en los que se nos habla de «una nube de clerigalla y frailería con caras extenuadas, no ciertamente por la mortificación y la abstinencia del claustro», predicando con alma de fuego el exterminio del que no piense como tales benditos (...), llamando *masones* y *negros* a los que no saluden con humildad a los ungidos del Señor...»⁴⁶.

El fanatismo y los comportamientos inauténticos de estos y otros clérigos son los que determinan el anticlericalismo de Sawa en las novelas citadas y en *Criadero de curas*.

Declaración de un vencido (1887) y *Criadero de curas* (1888) nos presentan dos casos no ejemplares, dos espejos deformados de la sociedad en la que no debemos contemplarnos. En la primera se pone en cuestión la sociedad cultural que tan vivamente defraudó al autor. En *Criadero de curas* se hace palpable una lacra social, cuya crítica —junto con los elementos que hemos señalado en otro lugar— constituyen los rasgos más característicos del naturalismo radical⁴⁷. Alejandro Sawa, al igual que José Zahonero y Eduardo López Bago llevan a sus últimas consecuencias los principios de la escuela zolesca, con el objetivo de realizar una literatura higiénica y terapéutica en un país en el que, según los citados autores, no sólo la literatura y el arte están enfermos sino también, y sobre todo, las instituciones políticas y sociales. Mostrar la llaga y la enfermedad supone, por tanto, el primer paso para hallar el remedio. La lectura de sus obras producen el efecto de una marca de fuego en la epidermis, como escribe López Bago hablando de *Crimen legal*, de Sawa⁴⁸.

*Declaración de un vencido*⁴⁹ aparece en 1887 e imprime un giro decisivo a la carrera novelística de Alejandro Sawa. Los presupuestos del naturalismo radical no se siguen de forma escrupulosa y la impersonalidad narrativa, encomendada en las novelas anteriores a la tercera persona, cede ahora el puesto a la primera y se acoge al recurso que Boris Tomachevski denomina confesiones⁵⁰. Ya Ernesto Bark, al ocuparse de *Declaración de un vencido* escribió que en esta novela se expresan «las «confesiones de un hijo del siglo» del modernismo español»⁵¹.

En la nota al lector que antecede al libro se hace profesión, no obstante, de seguir la observación —recurso privilegiado por el naturalismo— y de atenerse a la forma autobiográfica,

45 CARO BAROJA, *o.cit.*, pág. 212.

46 CARO BAROJA, J., *o.cit.*, págs. 171-172.

47 GUTIÉRREZ CARBAJO, F., «Las teorías naturalistas de Alejandro Sawa y López Bago», *Epos*, VII (1991), págs. 371-397.

— Introducción a *El Separatista*, de Eduardo López Bago, Madrid, Castalia, 1997, págs. 7-70.

48 LÓPEZ BAGO, E., Apéndice a *Crimen legal*, de Alejandro Sawa, Madrid, Biblioteca del Renacimiento Literario [1886], pág. 253.

49 SAWA, A., *Declaración de un vencido*, Madrid, Administración de la Academia, Minuesa de los Ríos Editor, 1887.

50 TOMACHEVSKI, B., *Teoría de la literatura*, Madrid, Akal, 1982, pág. 204.

51 BARK, E., *Modernismo*, Madrid, 1901, pág. 65.

porque es la que mejor se aviene con el propósito del libro: «He hecho curiosos estudios de observación *d'après nature*; y de tal modo he llegado, para escribir este libro a identificarme con uno de esos jóvenes a que hago referencia, que sin lisonja propia puedo afirmar que lo conozco bastante más que a mí mismo. Es su historia, su historia que me refirió una tarde entre sollozos y palabras —más sollozos que palabras—, lo que ofreció a la opinión en las páginas siguientes. Y de modo de hacer sentir al lector con más intensidad todas las amarguras que a mí me conmovieron la tarde del relato, he elegido adrede la forma autobiográfica, que simpatiza más con el fin artístico que me propongo que otra forma literaria cualquiera».

El joven al que hace referencia es uno de los muchos que vienen desde provincias, según el propio Sawa, a comenzar por Madrid la conquista de Europa, sin más bagaje que un drama, una novela o una obra literaria cualquiera, bien acondicionadas en el fondo del baúl, y dos o tres cartas de recomendación para otros tantos personajes acreditados en la corte.

Madrid no siempre recibe bien a estos jóvenes, a los que, como al protagonista de *Declaración de un vencido*, no les queda otra solución que sucumbir.

El narrador nos adelanta ya en esta «Nota al lector» muchas de las claves de la novela. Además de justificar el procedimiento narrativo seguido y de anunciarnos las desventuras de este protagonista del sufrimiento, insiste en la hostilidad del marco en el que se desarrollan sus acciones: ni uno solo de los «quinientos mil hombres que forman la población de Madrid» le animará en sus desfallecimientos ni le tenderá la mano cuando caiga. El autor no renuncia tampoco, como en otras de sus novelas, a realizar una radiografía de la sociedad. La denuncia de las lacras sociales es estimada como una buena terapia para transformar un pueblo enfermo. Exhumando estos testimonios hace un favor al protagonista y presta un servicio inestimable a los historiadores futuros: «Creo también que estas páginas pueden servir de pieza de acusación el día, que yo creo próximo, en que se entable un proceso formal contra la sociedad contemporánea. Auxilio a los historiadores del porvenir publicándolas».

Animado con estas intenciones, el autor elabora su narración integrada por doce *libros* de desigual extensión. El primero sigue el tono de la «Nota al lector», y el protagonista se convierte en cómplice del narrador, y se declara guiado por el mismo propósito: «El hombre que escribe este libro, el hombre que ha vivido este libro, sabe lo que hace publicándolo. Sabe que ofrece en él un proceso, un verdadero proceso moral, que, aun siendo subjetivo por su forma, no es en su gran síntesis otra cosa que el proceso psicológico de toda la juventud de su tiempo» (pág. 18)⁵².

El libro II es un repaso a la historia reciente, con especial detenimiento en la del siglo XIX. Después de una alusión a las jornadas épicas de la guerra de África, y a los paseos triunfales del insurrecto en Cabezas de San Juan, se analizan una serie de acontecimientos sin seguir un estricto orden cronológico. La gente ha aprendido de memoria una serie de nombres sin que chispeen como un puñado de piedras preciosas: El Empecinado, Mina, Porlier; la gente ha maldecido a la canalla que voceaba tras de la carroza regia ¡vivan las cadenas!, y ha sentido una angustia mortal en el pecho leyendo las profecías pesimistas de Donoso Cortés en las Cortes o de Jaime Balmes en sus libros.

La juventud ha tenido que renunciar a sus sueños, mientras sus padres batían palmas a Martínez de la Rosa cuando fundaba el estamento de Próceres y al «infame Fernando VII» cuando exclamaba: «Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional». Estas gentes creían de buena fe que Espartero y O'Donnell no podían realizar las reformas prometidas por *obstáculos tradicionales*.

⁵² Las páginas remiten a la edición citada de 1887.

El narrador rechaza el tópico arrastrado desde la época del Alfonso X el Sabio, según el cual nuestro país es el mejor del mundo (pág. 28). Nada más lejos, sin embargo, de la realidad, como lo han demostrado los acontecimientos de los años en los que se sitúa la narración. Aquí no encontramos ni la sabiduría científica de Claudio Bernard ni la finura literaria de Musset. El pueblo de principios del siglo XIX, por heroico que se manifestara de 1808 a 1814, era un pueblo brutal y canalla: «Miraba con ojeriza a Carlos IV porque lo conocía débil, y con entusiasmo a Fernando VII porque lo presentaba tirano» (pág. 33). Se hacía la guerra de la Independencia contra Napoleón, que repartía por Europa el derecho moderno a cañonazos, pero no la guerra de la independencia contra la monarquía y la Iglesia, no la guerra de la independencia contra el envilecimiento de todos, los de arriba y los de abajo, no la guerra de la independencia contra la repugnante lepra que corroe el cuerpo nacional. No puede bendecir las acciones de un pueblo que presencia tranquilo en 1814 el restablecimiento de la Inquisición, que contempla indiferente en 1830 la clausura de las universidades, y que ve desaparecer sólo en dos años —de 1816 a 1818— todo su poder y toda su influencia colonial por la sevicia y la corrupción de sus administradores. No tiene grandeza un pueblo que en 1823 permite la entrada de los cien mil esclavos galos enviados por Luis XVIII para sostener en la tierra ibera la Santa Inquisición. Este pueblo español de la primera mitad del siglo XIX fue feliz a la manera que lo son los bueyes. Había hecho de su estupidez una coraza. Los obreros no producían. Se mantenía el laboreo en el campo como en los tiempos del patriarcado bíblico y los menesteres y oficios sencillos en la ciudad. No existía industria a no ser que se dé ese nombre a la elaboración de pastelillos rellenos por las monjas de San Leandro, del Císter o de la Trinidad. Alguna fábrica de bayetas en Antequera, de papel en Alcoy o de tejidos en Cataluña era todo cuanto en el orden fabril se producía en la Península. A partir de los años cincuenta y tantos, sin embargo, un puñado de hombres generosos se lanzó al apostolado de la religión democrática por el campo y la ciudades, y antes de la revolución del 68 realizaron ya la revolución en los espíritus. Y si toda doctrina política o religiosa, incluida la cristiana, ha sido socialista en su génesis, la democracia española tuvo durante su periodo de propaganda un socialismo tan marcado, que no pudiendo realizarlo en la práctica en el año 1873 acabó por matarla.

Las consideraciones de tipo social y político se completan con las de carácter económico. El malestar en éste y en otros órdenes ha generado a su vez el irresistible movimiento pesimista de la época. Pesimismo en la literatura, en la filosofía, en la moral y en el arte.

Este cuadro tan sombrío marca y determina la trayectoria vital del protagonista, cuyos primeros datos biográficos se aportan en el libro III. Su nacimiento fue en Cádiz y sus primeros estudios en una *pensión* francesa establecida en la capital por un noble polaco. Con ocho años, y previo examen, es admitido en la clase de los *grandes*. El lenguaje oficial de la *casa* era el francés y el programa escolar estaba integrado por lectura, escritura, gramática, aritmética, geografía, historia universal y de España, doctrina cristiana, dibujo, francés, equitación, esgrima y gimnasia.

En la institución el niño tiene un comportamiento parecido al del protagonista de *Criadero de curas*, solidarizándose con los compañeros castigados. A los diez años se matricula en el Instituto en el que se graduará como bachiller en artes. Durante esa época se entusiasma leyendo *Emilio* y *La Nueva Eloísa* de Rousseau, *Las Ruinas de Palmira* de Volney, el *Lazarillo*, el *Quijote* y cuantos libros, buenos o malos, encuentra en la biblioteca de su padre. Escribe un drama, luego una novela, y para no convertirse en «un oscuro provinciano embrutecido en la tarea de poner en circulación los chismes de la localidad», decide ir a Madrid con el propósito de formar parte de los Ateneos y Academias.

En el brevísimo libro V asistimos a los preparativos de la partida, y en el VI y el VII al viaje a la gran ciudad. En una carta escrita a un amigo de Cádiz, ocho o diez días después de su

llegada, le comenta que ha visto a Campoamor por la calle y que ha conocido a Núñez de Arce. Sus sueños literarios empiezan a cumplirse cuando entra de redactor en *La Voz Pública*. Su nombre empieza a significar algo. Si Castelar representaba la oratoria, Bécquer la poesía íntima, Pi y Margall el talento, Alfredo de Musset la puerilidad y el genio, Zola la observación y el talento al servicio de la verdad, él, Carlos Alvarado, a los dieciocho años, significaba: redactor de *La Voz Pública*, el más importante periódico de la oposición que se publicaba en Madrid en aquel entonces. Así se lo hace saber a Julia, una mujer casada a la que conoce en la pensión, y a la que describe siguiendo los procedimientos utilizados por Gautier. A partir de estos momentos comparte con Julia sus logros y sus decepciones. Éstas se hacen insoportables al enterarse de que *La voz Pública* está subvencionada por el gobierno al que critica, o cuando las editoriales y los impresores rechazan sus novelas y sus obras de teatro. Si estas frustraciones literarias le hacen caer de la torre que se había elaborado, el abandono de Julia lo precipita en un profundo abismo. A partir de este momento, toma plena conciencia de que es preciso sucumbir. Con anterioridad ya había hecho suya la histórica frase de Gambetta: *o someterse o dimitir* (pág. 172), asegurando además que en nuestras sociedades modernas el amor es incompatible con la miseria (pág. 173). Ahora lamenta que ya estén carbonizadas palabras como fe, entusiasmo, porvenir, gloria y amor, y poco a poco se va reafirmando en su decisión de suicidarse. En un proceso de degradación conoce a Carmen, una de «las pálidas sacerdotisas de la noche», según la expresión de Musset. Tras intentar infructuosamente conseguir trabajo se convierte en proxeneta de Carmen, y percibe con horror el marasmo intelectual y afectivo en el que se consumen las mujeres dedicadas a la prostitución. En esta carrera de degradación busca consuelo en el alcohol pero la única clarividencia que éste le proporciona es la constatación de los horrores de su vida. Nuevamente retumba en su interior la frase de que «era preciso sucumbir» y aparece formalmente en su conciencia la imagen del suicidio, «del suicidio como imposibilidad moral y material de vivir; del suicidio, como protesta contra la vida» (pág. 227).

La novela en la que ha relatado su desastrosa existencia es la «declaración de un vencido» pero es también la última ilusión de su vida. Éstas páginas quieren servir además de acusación a la sociedad que tan vilmente lo ha tratado. Los últimos momentos con Carmen los aprovecha para relatarle la historia de un «amigo», que es su propia historia, y se siente tranquilo al llegar a la conclusión de que en todo lo que ha narrado «no hay otro canalla latente que la sociedad».

La historia se cierra, por lo tanto, con la misma acusación con la que empieza. Recordemos que en la «Nota al lector» se considera *Declaración de un vencido* —subtitulada «novela social»— una pieza de acusación contra la sociedad contemporánea y en las primeras páginas del relato se califica al mismo de «proceso moral de la juventud de su tiempo».

Declaración de un vencido puede considerarse una novela de personaje. Las actuaciones del protagonista, sin embargo, están muy determinadas por las actuaciones de los otros, y el autor, al presentar así su trayectoria, demuestra una gran modernidad. Merlau-Ponty se refiere a este proceso con las siguientes palabras: «Cada vez que consigo un resultado interesante es porque no me he contentado con coincidir con mi sentimiento, porque he logrado estudiarlo como una conducta, es decir, como una modificación de mis relaciones con los otros y con el mundo»⁵³.

Para el protagonista de nuestra novela, la relación con los otros y en general con el mundo en torno se le muestra precaria, y él mismo compara este andar errante y sin una orientación concreta con el ir y venir acompasado y rítmico de las olas.

El narrador utiliza sobre todo la primera persona, aunque ello no implica siempre una simetría entre la *voz narrativa* y la *persona gramatical*. La elección fundamental no es la de

53 MERLEAU-PONTY, *Sens et non-sens*, París, Nagel, 1948. pág. 94.

optar por una persona gramatical sino la de adoptar una *determinada actitud narrativa*. En esta novela se recurre también a la segunda persona. Aunque en algunos casos, como ha explicado Roland Barthes, se trate de una apelación a la criatura, al personaje, de ordinario este procedimiento, según observa el crítico francés, es una llamada al receptor: «Figuraos lo que os ocurriría, si al ir por la calle en una dirección cualquiera, hacia la casa de uno de vuestros amigos, o hacia vuestra última querida, tropezarais con un libro que dijera, sobre poco más o menos lo siguiente...» (pág. 17). A partir de este momento, y hasta el final, narrador y personaje coinciden en un *personaje-narrador*. Se trata de la actitud narrativa del relato clásico en primera persona en el que, como decía Balzac «le je sonde le coeur humain». Esta ha sido, según Óscar Tacca, la alternativa más natural, frente a la omnisciencia, adoptada desde los comienzos de la novela⁵⁴. Como observan Roland Bourneuf y Réal Ouellet, la manera más simple y más absoluta para introducirse en su narración es contar sus memorias o publicar su diario íntimo. De este modo se asegura un lugar privilegiado desde el que podrá tender la vista sobre todo lo que constituye la materia de su narración. En las obras de ficción que adoptan esta perspectiva, el personaje trata de reunir y dar sentido a toda una parte de su vida a base de imprimir un especial relieve a las líneas centrales; sabe por adelantado cuáles van a ser el punto de partida y el alcance de su propia narración, como lo manifiesta Carlos en *Declaración de un vencido*: «El hombre que escribe este libro, el hombre que ha vivido este libro, sabe lo que hace publicándolo» (pág. 18). El discurso se sustenta, por tanto, sobre un narrador homodiegético, ya que forma parte de la propia historia que se narra. Con la primera persona narrativa, visión, voz y personaje se funden de manera coherente, y lo mismo cabe decir de las funciones del narrador y del autor implícito. El narrador homodiegético conoce además todos los problemas de la historia y puede anticipar el final de su itinerario: «De mí sé decir que hace veinte días estoy arreglando mis asuntos, poniendo en orden mi maleta para el viaje eterno y que todavía no me ha acometido la fiebre. Miro cara a cara la eternidad, y aun me siento enamorado de ella...» (pág. 18). El narrador ha vivido todo lo que cuenta y al relatarlo lo vive más intensamente: «¡Yo he vivido todos los horrores que llevo descritos, lo menos cien veces, en sólo algunos días» (pág. 216).

Siguiendo a Booth⁵⁵, puede afirmarse que en el relato no existe distancia física ni existencial entre el narrador y el personaje, lo cual no implica —como ya se ha señalado— la ausencia de desajustes entre una y otra categorías.

Esta distancia sí se produce en *Criadero de curas*⁵⁶, publicada en 1888 por «El Motín».

Ambas narraciones pueden ser consideradas «novelas de aprendizaje», aunque no se atienen rigurosamente a los cánones del género. En una y otra el resultado del aprendizaje es la destrucción, y aunque en la primera se trata de la aniquilación que se inflige a sí mismo, el protagonista, el culpable de este hecho, como se reitera a lo largo del libro, es la sociedad.

Criadero de curas está dedicada a Silverio Lanza, «en desagravio de la estupidez de casi todos y como homenaje de admiración».

La novela aparece estructurada en ocho capítulos, cada uno de los cuales lleva un título que anuncia el contenido de la historia: I. Antecedentes, II. Ingreso en la sombra, III. *Et lux facta est*, IV. Luz en la sombra, V. A muerte, VI. Fugitivo, VII. El castigo, VIII. Final del drama.

La historia se inicia con la decisión tajante tomada por los padres: «Quedó decidido. Aquel niño no podía ser otra cosa que cura» (pág. 7). El narrador valora esta decisión como una

54 TACCA, Ó., *Las voces de la novela*, Madrid, Gredos, 3ª ed., 1985, pág. 86.

55 BOOTH, W. C., *The rhetoric of fiction*, Chicago University Press, 1961, trad. española, *La retórica de la ficción*, Barcelona, Bosch, 1978.

56 SAWA, A., *Criadero de curas*, Madrid, Biblioteca de El Motín, Imprenta Popular, 1888.

auténtica aniquilación, como un asesinato: «Hay que mentar las cosas y las personas por su nombre. Asesinato el hecho; autores: D. Francisco de tal y tal y doña Juana de casi iguales apellidos; y víctima: el hijo de entrambos seres, Manolito (igual nombre que Dios)» (págs. 8-9).

El segundo capítulo, titulado significativamente «Ingreso en la sombra», se inicia con la entrada del protagonista en el seminario donde «se vería forzado a dejar que se consumiera su vida» (pág. 31). En él se nos relata el primer día de estancia en el recinto religioso. El tercer capítulo, *Et lux facta est*, comienza con la asistencia a clase de latín. Si entre los capítulos I y II se produce una elipsis narrativa, al comienzo del III se recurre a la técnica del *flash-back*, muy habitual en Sawa. Con la noticia de la fuga se inicia el capítulo V, *A muerte*. Ante la gravedad del caso se reúne el claustro de profesores, que Sawa califica de pelotón de inquisidores juzgando a un reo de fe. Les preocupa más que la suerte del muchacho el dinero que dejarán de percibir si abandona definitivamente el centro. Aquellas «bestias carniceras» acuerdan el tipo de castigo que se ha de imponer al fugitivo: un mes de calabozo en la *cueva negra*. El capítulo VI, titulado *Fugitivo*, supone una nueva retrospectiva en el curso narrativo para relatar la fuga. En la parte séptima, *El castigo*, se lleva a cabo el suplicio que le habían preparado. El calabozo donde lo encierran viene a ser «una sombría restauración de los *in pace* de la Edad Media. El capítulo octavo y último, *Final del drama*, relata el fatal desenlace: «Sobre la cama está su cuerpecito rígido y tendido, pero la inteligencia ya no está allí hace mucho rato. Se ha ido. Le repugnaban tanto las cosas de la vida, que ha preferido agotarse» (pág. 97) «Los ojos quedaron abiertos con una expresión desesperada que apostrofaba al Cielo» (pág. 100).

Luis París, en el artículo que le dedica a Sawa en *Gente Nueva*, después de elogiar el plan del libro y de observar que merecía mayor desarrollo, asegura que «hay allí verdaderas preciosidades, pero justamente al lado de las delicadezas de observación irreprochable, de párrafos y páginas enteras llenas de solemne encanto y de una realidad que conmueve, como el capítulo final, resultan otras faltas de lógica»⁵⁷.

En la dialéctica de luces y sombras que determinan los parámetros –entre ellos el espacial– de la narrativa de Sawa, suelen ganar la partida las segundas, y en *Criadero de curas* no se produce una excepción. El espacio cada vez se va angostando más, hasta aniquilar al personaje.

El tiempo se inscribe también en un marco limitado. Hay unas primeras referencias a la infancia del protagonista y a la enfermedad y muerte de sus padres, pero la fábula comienza al ingresar en el seminario, y termina cuando, al cabo de unos meses, muere en la enfermería del centro. Se trata, como observa Sawa, de una pequeña historia inserta en la Historia general, y aunque carente de las dimensiones de ésta, merece ser igualmente referida: «En Historia, como en Aritmética, los elementos homogéneos se suman, y es el total lo que preocupa la atención de las generaciones. El total, que en la historia de la humanidad se llama fundación de las primeras nacionalidades, la invasión de la gente del Norte en el siglo V, la gran alborada de la Reforma en el XVI, y que en la historia individual que voy refiriendo se llama la inmolación cruenta de un niño a los fanatismos religiosos de sus padres» (págs. 11-12).

El fanatismo religioso es el primer responsable del trágico final, del encierro en «aquella cloaca» (pág. 58), en el «aquel criadero de sombra» (pág. 61), en «aquel criadero de curas» (pág. 85). Estamos ante la cumbre de la vertiente anticlerical de la novelística de Sawa, resaltada por Correa⁵⁸, Rubio Cremades⁵⁹ y otros investigadores. Pero la historia de nuestro protagonista no es un caso aislado, como el mismo Sawa se encarga de subrayar.

57 PARÍS, L., *Gente Nueva. Crítica inductiva*, Madrid, Imprenta Popular [s.a. ¿1888?], pág. 114.

58 CORREA RAMÓN, A., *Alejandro Sawa y el Naturalismo literario*, Granada, Universidad, 1993.

59 RUBIO CREMADES, E., *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española*, Madrid, Castalia, 2001.

Allen Phillips observa a este respecto que el artículo «Banderín de enganche» publicado por nuestro autor en la revista *Don Quijote*⁶⁰ en 1894 podría ser un «fragmento rehecho» de la novela *Criadero de curas*.

Entre un texto y otro hay similitudes pero también algunas diferencias: como en la novela, en *Banderín de enganche* el internado es calificado de odioso criadero de curas. En los dos textos entran las criaturas en el seminario alegres y ágiles y se convierten en figuras vestidas con hábitos talares que semejan hopas. En ambos escritos el protagonista no era la «larva de un cura» o no «tenía cabeza de cura», y en ambos es encerrado en un «horrible *in pace*», que en el artículo periodístico es una «especie de pozo artesiano» y en la novela «Una especie de tumba que lacrimaba humedad por los cuatro costados» (pág. 87).

Banderín de enganche se inicia con el ingreso de Félix, el protagonista, en el seminario conciliar de M; en *Criadero de curas* el internamiento de Manolito en el seminario conciliar de Ávila está precedido de una primera parte en la que se nos relatan sus antecedentes. Manolito pertenece a una familia acomodada, Félix, sin embargo, «tenía la dolorosa precocidad de todos los niños nacidos en la miseria». El primero no soporta las inhumanas condiciones del recinto carcelario y muere «rodeado por el mismo sínodo que lo condenara a muerte», el segundo, sigue el camino que otros seminaristas y se alista en una partida carlista: «La guerra civil ardía en el Norte erizando de bayonetas las crestas de los montes, y cubriendo con boinas los cráneos de los súbditos del clero». En *La sima de Igúzquiza* se evidencia también el papel destacado que tuvieron los clérigos en estas contiendas. En el artículo de la revista *D. Quijote* se asegura que «las iglesias se convirtieron en focos de conspiración, y los seminarios, todos los establecimientos de enseñanza católica, en banderines de enganche (...), Félix, el lúgubre protagonista de mi historia, formó parte de una de las pjaras con que el fanatismo y la codicia pagaban su contribución de sangre a la barbarie». Poco tiempo después en una hermosa mañana de septiembre, una bala de fusil convirtió «aquel hermoso cráneo abovedado, ancho, bien sólido (...) destinado quizá a acometer las más audaces empresas del progreso» en «cabeza de mártir». A pesar de estas diferencias, puede afirmarse con Phillips que Sawa rehizo en el artículo de *D. Quijote* fragmentos de su novela *Criadero de curas*. Estos procedimientos intertextuales eran frecuentes no sólo en Alejandro Sawa sino también en otros escritores de su época⁶¹.

Si las aspiraciones literarias de Max Estrella, de Sawa, y de Carlos Alvarado en *Declaración de un vencido*, se ven frustradas por las fuerzas retrógradas de la sociedad, la intransigencia y el fanatismo religioso son los responsables de la destrucción del protagonista de *Criadero de curas*. En esta novela se practica el mismo rito de la intolerancia que V.R.M. Almanzor denuncia en un texto publicado en *Las dominicales del Libre pensamiento* el año 1893. Se habla aquí de los «nuevos fariseos», representados por los sacerdotes católicos, pero también de los lamas, brahmanes, rabinos e imanes. Y si Sawa compara a los clérigos que condenan a Manolito con un «pelotón de inquisidores», en el citado texto de Almanzor se afirma que estos fariseos son los mismos que inventaron el negro Tribunal del Santo Oficio, y los que condenaron a Giordano Bruno y a Galileo, más por sabio que por ateo⁶². Frente este tipo de religiosidad inquisitorial, desde las columnas de *Las Dominicales* se defiende la religión del libre pensamiento, que,

60 SAWA, A., «Banderín de enganche», en *Don Quijote*, III, nº 30, de 27 de julio de 1894.

61 Otros aspectos de estas novelas, así como una relación de las publicaciones de Alejandro Sawa y de las referencias bibliográficas sobre sus obras y el naturalismo pueden consultarse en Francisco Gutiérrez Carabajo (ed.), Alejandro Sawa, *Declaración de un vencido, Criadero de curas*, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1999, págs. 9-71.

62 V.R.M. ALMANZOR, *Las dominicales del Libre pensamiento*, año IX, nº 565, 7-7-1893.

según el director de la publicación, Ramón Chies, no puede ser otra que «la religión de la *Verdad*»⁶³.

Desde el punto de vista social, el estamento clerical es valorado como «un poderoso auxiliar de las clases explotadoras»⁶⁴. Este es el caso de Pablo Iglesias que incluso considera al papa León XIII un aliado de la burguesía. La novela de Sawa, por tanto, se inscribe en un clima en el que el anticlericalismo había adquirido un considerable desarrollo conceptual, y en el que los partidos republicanos, los centros de masonería y una parte de la prensa radical lo alzaban como una de sus más llamativas banderas.

63 RAMÓN CHÍES, *Las dominicales del Librepensamiento*, año IX, n° 432, 31-I-1891.

64 ARBELOA, V. M., *Socialismo y anticlericalismo*, Madrid, Taurus, 1973, pág. 158.